

PRESERVAD LA TIERRA

José Vilches Palma

Capítulo IX

IX. PRESERVAD LA TIERRA.

Entraron todos en el puente de mando. Los tres presidentes traían el rostro conmocionado pero en especial Joo. ¡Pensar que su país había sido el primero le dejó de piedra! Warren también estaba pálido, su mirada andaba como perdida, intentando encontrarse con la de Porter; súbitamente cayó al suelo y rodó unos metros escalinatas abajo. Su compañero se apresuró a ayudarlo.

-¿Qué te ocurre, Warren?

-Me encuentro mal... Porter... ¡como sin fuerzas!

-¿El síndrome de Matusalén? –interrogó Porter.

-Debe de serlo –fue la escueta respuesta de Warren.

Rápidamente, ante la mirada extrañada de los tres presidentes que ya habían ocupado sus respectivos asientos, Porter tomó en brazos a Warren y desapareció con él tras la puerta automática. Lo condujo a la sala-hospital de la astronave y le depositó sobre una camilla.

-¡Tenía que ocurrirme esto ahora! –susurró Warren.

-No te preocupes... -intentó reconfortarle Porter, al tiempo que daba la orden al médico-robot para que examinara a su compañero.

Una especie de caja con ruedas provista de innumerable cantidad de tubos, flejes, detectores, bisturís... fue operando alrededor del cuerpo de Warren, al tiempo que iba cantando el estado de éste:

-Pulso débil... respiración débil... actividad cerebral débil... tensión baja... estado de la musculación débil... -una vez hubo acabado con la revisión, le inyectó una solución intravenosa y concluyó con el típico consejo médico- ¡se acabaron los viajes en el tiempo!, ¡uno más podría acabar con su vida al instante! –el médico-robot se retiró a un rincón y se autodesconectó.

-¿Todavía estamos en el pasado? –preguntó Warren con una voz casi imperceptible.

-Sí, no te preocupes, ahora mismo lo arreglo todo para regresar a nuestro presente... ¡Cada segundo aquí te mata!, no te preocupes... -Porter, tras atar a Warren a la camilla, desapareció rápidamente hacia el puente de mando.

Warren comenzó a notar el traqueteo y casi al mismo tiempo, la droga suministrada hizo su efecto y se durmió profundamente.

* * *

Porter no tuvo más remedio que emprender la tarea que en un principio estaba destinada a Warren, de explicar a los tres presidentes el plan denominado «Preservad la Tierra»...

Había desplegado ante ellos un mapamundi de la Tierra que se suspendía holográficamente, mientras explicaba:

-Esta es la distribución de vuestro planeta en el año 1.999, la cual se puede definir de forma sencilla con una palabra: CAOS. Riqueza, una riqueza que en buena lógica pertenece a todos sus habitantes, mal repartida. Una gran variedad de países donde se alimenta la semilla del odio y la incomprensión entre unos y otros, por la simple diferencia de raza o creencia religiosa, por el choque cultural o fuerzas económicas existentes... Donde se cometen atrocidades que afectan a millones de personas, tan sólo para favorecer a unos pocos privilegiados.

-Siempre, desde que el hombre es hombre, ocurrió así –intentó matizar Freeman.

-No desconozco este hecho, señor Freeman –aclaró Porter-. Pero espero que les quede clara una cosa que voy a decirles: ¿son ustedes humanos?, no me digan nada, yo mismo lo diré... La respuesta es rotundamente no.

-¿Por qué tan negativo? –interrogó Joo.

-Resulta evidente; ustedes han podido ver el motivo con sus propios ojos. Warren se lo mostró... ¿Alguna especie existente o por existir llevaría a cabo su autoexterminio? No son humanos, podrían llegar a serlo pero para esto hay que subir las escaleras que llevan al éxito escalón por escalón y ustedes están saltándolos de cuatro en cuatro. Por eso la respuesta resulta tan rotunda. No son humanos, son animales inteligentes que juegan a ser dioses y así les funcionan las cosas.

-¿Y ustedes, son humanos o son dioses? –fue la pregunta un tanto irónica de Freeman.

-Por supuesto, nosotros estamos más lejos de los animales... pero no se inquiete; el que unos seres de un lejano planeta aconsejen acerca de supervivencia a otros con menos suerte, está más cerca del concepto humanidad que ustedes tienen que del que tendría un hipotético dios, si existiera.

-¿Quiere decir con eso que Dios no existe? –interrogó Kurtz muy sorprendido. Sus dos compañeros también fruncieron el ceño.

-Sus primitivas mentes aún no han podido llegar a alcanzar este estadio del conocimiento... Sí, es así, Dios no existe. O al menos no existe de la manera que ustedes se imaginan. En síntesis, Dios es el milagro de la vida pero la vida por sí sola no puede darse cuenta de ello. Para conseguirlo necesita razonar, es decir, poseer inteligencia suficiente para hacerlo. Es entonces cuando se llega a comprender que uno mismo es Dios, pero siempre y cuando aprenda a conservar la vida, la suya propia y la de todos los seres vivos que lo rodean. Resulta evidente que no han conseguido esto último.

-¿Está usted intentando vendernos la religión de su planeta natal? –preguntó Freeman bruscamente.

-¡Yo no intento venderles nada que ustedes mismos no posean! ¿Acaso su infinidad de creencias, desde la católica hasta los más *primitivos* ideales de las tribus indígenas, no predicán algo muy parecido a lo que acabo de explicarles? Yo únicamente he venido hasta este planeta para ayudarles a encauzar estos pensamientos...

-Porter –cortó Joo-, ¿qué me dice del bien y el mal?

-El bien debe ser considerado intrínseco a todo ser viviente, el cual sólo llegará a ciertos límites, muy próximos al mal exclusivamente por motivos de supervivencia. El mal debe ser considerado una tara genética, la cual provoca en el cerebro un cúmulo excesivo de serotonina, noradrenalina y dopamina; lo que desencadena conductas agresivas. Por desgracia, en vuestro querido planeta azul, existe una proporción infinitamente mayor de lo segundo.

-Llevo un buen rato dándole vueltas al asunto –opinó Kurtz- y he llegado a una conclusión:

-¿Cuál es? –se interesó Porter.

-¡...Que nadie cruza todo el espacio y organiza toda esta comedia si no espera conseguir algo a cambio! –dijo Freeman-. ¿Era eso lo que quería decir, Kurtz?

-¡Con otras palabras, pero era eso! –respondió el alemán un tanto sorprendido.

-¡Creía que ustedes dos nunca se darían cuenta de ese detalle! –apostilló Joo.

-¡Vuelven a equivocarse, caballeros!, eso es precisamente lo que haría un terrestre, no un ducamita...

-¿Acaso son ustedes descendientes de la Madre Teresa de Calcuta...? –rió Freeman.

Porter, que por supuesto no había comprendido la pregunta del americano, decidió zanjar de una vez por todas la conversación pues estaba tomando unos derroteros muy diferentes de los que él hubiese deseado. Hizo además de que guardaran silencio y pulsó unas teclas en el panel de control. El mapamundi cambió ostensiblemente. El ducamita retomó nuevamente el mando, explicando:

-Con lo expuesto anteriormente, pretendía prepararles para que pudieran asimilar en mejores condiciones lo que va a ser algo primordial para el resto de sus vidas... - Hizo una pausa para aclararse la garganta y continuó-... ¡el plan «Preservad la Tierra»!

-¡Después de lo que nos enseñó Warren, esto lo hubiera adivinado hasta un niño! –casi volvió a reír Freeman.

-¡Han cambiado muchas cosas en ese mapamundi! –susurró el japonés.

-Señor Joo... -intervino nuevamente Porter- ...vuelvo a felicitarle efusivamente. ¿Sabría decirme la causa de esos cambios?

-Pues... -dudó.

-No se esfuerce, yo se lo diré, no es otro que éste: ¡llevarán a cabo el plan siguiendo nuestras directrices al estilo ducamita!, por eso nada de lo que ven en esa holografía les resulta familiar. El plan no posee nada de la filosofía de vida terrestre...

-¿Querría hacer el favor de explicárnoslo todo? –preguntó Kurtz intrigado.

-Bien, encontrarán que no existen países. Deben hacerse a la idea de que todos viven en el mismo planeta, de que no pertenecen a tal o cual país, sino de que son ciudadanos de la Tierra, ciudadanos del mundo...

-¿Quiere decir...? –intentó preguntar Freeman, pero Porter no le dejó terminar.

-... ¡Sí!, quiero decir que todos los habitantes deben abandonar sus urbes para formar sólo una, la cual recibirá el nombre de Metrópolis –al decir esto señaló efusivamente hacia Australia-. El lugar lo hemos elegido nosotros de una forma aleatoria, no significa que no lo puedan cambiar...

-¿Han dividido el mapamundi en tres enormes áreas de influencia?! –interrogó Joo sorprendido, denotando su acento que se había dado cuenta de la situación.

-¡Exacto! La India podría utilizarse para instalar todo lo necesario para mover esa gigantesca metrópoli. Este segundo y último complejo recibiría el nombre de Energópolis, el cual, al igual que el primero tendría como principal objetivo la Conciencia Ecológica, sin escatimar esfuerzo alguno y...

-¡Usted nos está pidiendo un imposible...! –intentó nuevamente hablar Freeman, no dejándole Porter.

-... Y por último, el resto del planeta se dejaría totalmente virgen exceptuando algunas zonas para producción masiva de agricultura, ganadería y pesca. Esta vasta pero vital zona recibiría el nombre de Naturópolis. ¿Tienen alguna pregunta? –dijo Porter, concluyendo parcialmente.

-¡Sí! –casi estalló Freeman-. ¿Cómo demonios espera que consigamos todo eso?, ¿quiere que le diga lo que me parece su plan?, ¿quiere que se lo diga?, pues su plan me parece utópico, irrealizable...

-¡Pues deberán llevarlo a cabo! –gritó desde la puerta Warren. Su voz sonó autoritaria, aunque un tanto débil, al otro lado de la estancia. Iba sentado sobre una especie de sillón flotante. En un suspiro se plantó ante los presidentes y continuó hablando:

-¿Acaso han olvidado ya lo que acaban de ver?, ¡su hermoso y querido mundo convertido en polvo, para siempre jamás! ¿Se van a quedar de brazos cruzados esperando que ocurra?, ¿no van a intentar evitarlo con más motivo si conocen la manera de hacerlo? Nosotros hemos venido hasta aquí para enseñarles cómo y tenemos la intención de que lo asimilen y lo lleven a cabo.

-¿Es que nos van a obligar? –preguntó el alemán.

-No seré yo quien lo haga, serán sus conciencias. Mis instrumentos son de dirección y persuasión puesto que resultan más fáciles y seguros que la fuerza y la violencia. Ustedes llevan cien años viviendo a un ritmo endiablado, sin una concepción de futuro... Cinco mil millones de almas viviendo frenéticamente durante sólo cien años y en ese corto espacio de tiempo acaban con el planeta. Sepan que nosotros somos veinte mil millones y llevamos viviendo a ese ritmo cinco mil años y todo gracias a ese sistema que les ha expuesto Porter.

-Tiene razón, no sólo hemos de intentarlo, sino que hay que llevarlo a buen puerto –razonó Joo. Mientras, Kurtz asentía y Freeman, que parecía herido en su orgullo se ocultaba el rostro con las manos.

-Deben aglutinar lo mejor de cada cultura de la Tierra y desechar lo peor, sin miramientos. Piensen en esa ciudad, Armstrong; siguiendo esa línea lograrán una gran Metrópolis. Ahora no les estoy haciendo una profecía sobre muerte y juicio final, les muestro su futuro real y esplendoroso, lo que les va a acontecer puesto que seguro que lo van a conseguir.

Autor: José Vilches Palma (1967-2009); Cornellà de Llobregat, Barcelona, España.

Preservad la Tierra, Capítulo IX. Novela publicada originalmente en el libro de mismo título de la colección Espiral CF, núm. 8.

La familia del autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.